

# La lección de la historia

Miquel Roca Junyent



**U**na gran mayoría de los analistas y comentaristas políticos coinciden en denunciar que Europa ha de reaccionar ante las constantes amenazas y menoscobios de Trump. Se considera que esto es insostenible; que daña al sentimiento europeista. Que hay que reaccionar. ¡Y tienen razón! Pero con esta manifestación de defensa de Europa no hay suficiente. Además, hay que añadir que la reacción que se reclama puede tener un coste; puede tener consecuencias, pero que hay que aceptar como un coste ineludible de la preservación de los valores que Europa asume como señales de su identidad. Desde hace muchos años sabemos que la libertad tiene un precio, pero también sabemos que no preservarla tiene un coste mucho más caro. Y Europa lo sabe muy bien; tenemos bastantes ejemplos y no muy lejanos.

Ciertamente, es osado afirmar que la historia se repite. Pero, en todo caso, hay episodios que parecen que tengan vocación de repetirse. Aquí, en Europa, ya sentimos las agresiones amparadas en la "necesidad de un espacio vital". Esto lo decían los nazis, que reclamaban también un "nuevo orden". Ahora, en estos momentos, otras voces reclaman lo mismo y se apoyan en ello para justificar su agresión, la persecución del adversario, la fuerza de las armas como valor supremo. Y no quieren otra cosa ni

atienden a más razones que a su voluntad de dominio, su menoscabo por la libertad, por la dignidad de la condición humana. Su orden del mundo no es nuevo. Es el de siempre; el de los totalitarios que viven incómodamente en la libertad de los otros; que no quieren ni entienden qué quiere decir respetarlos.

Esto no es nuevo. Y Europa lo ha sufrido y, por tanto, lo conoce bastante bien. Y sabe, también, que el silencio miedoso y la tolerancia acobardada no sirven de nada. ¡Que recuerden a Chamberlain ante Hitler! La paz que aquél buscaba sirvió para invadir Austria y después Checoslovaquia, y más tarde Polonia. La paz que entierra la libertad siempre acaba en guerra. La historia lo demuestra. Nos

aquellos que no podemos compartir.

Es verdad que Europa no vive su mejor momento. Que todos los éxitos del Estado de bienestar presentan hoy debilidades muy evidentes. Que un cierto desencanto de la democracia liberal aproxima a muchos ciudadanos a posiciones extremistas que debilitan la cohesión europeista. Que constatamos desorden y descrédito. Es verdad, y también lo es que consecuentemente en Europa crecen posiciones que se identifican con las que desde fuera intentan ponerla en crisis. No es un buen momento para movilizar a la ciudadanía en defensa de la libertad y de la paz y del progreso. Pero la defensa de estos valores ha de hacerse cuando están en riesgo; no cuando nos gustaría. El momento es ahora. Defenderse es necesario y no es barato. Pero, ahora y siempre, la libertad tiene un coste.

Habrá que aceptar riesgos, habrá que ampliar el perímetro de la defensa de Europa. O nos defendemos o ganamos a los que nos amenazan. Será difícil, todo esto tendrá un coste. Se impondrán sacrificios y nuevas obligaciones. Necesitaremos de una nueva gobernanza que olvide la unanimidad. Habrá que motivar a la gente con propuestas que cohesionen el pluralismo. Habrá que recordar que cuando no se hizo, el coste fue mucho más grande. Ucrania no puede quedarse sola; ni Groenlandia puede perder nuestra solidaridad; ni Gaza puede convertirse en un casino; ni la ONU puede ser sustituida por una Junta de Paz que lo

único que busca es la guerra; no la quiere evitar, quiere legitimar su guerra. Si creemos que esto no nos obliga a plantar cara, estamos perdidos. Y Europa no renunciará –seguro!– a preservar la libertad de todos, sean europeos o no.

Tenemos una ventaja: ¡la lección de la historia! ■

## Nos conviene plantar cara al "nuevo orden" que quiere destruir a Europa y sus valores

conviene, por tanto –y también nos obliga la conciencia democrática–, plantar cara al "nuevo orden" que quiere destruir a Europa y sus valores. Que quiere colonizarlos para conducirnos a la irrelevancia, a la impotencia atemorizada ante los que nos quieren poner a sus órdenes siempre motivadas por todo

# La gotera

Gemma Ribas Maspoch



**H**ace veinte años que compré mi piso en Barcelona y poco tardé en tener noticias de las goteras en el baño de mi vecino de planta, Jose, de quien ya he hablado en algún otro artículo. Un par de veces, esas goteras mancharon mi lado de la pared que separa nuestros apartamentos. Durante unos años, incluso llegaron a viviendas situadas debajo de él.

Vivimos en una finca del siglo XIX en el Raval, pero no es en absoluto una finca abandonada. Es una de las pocas de nuestra zona que tienen ascensor y los propietarios constantemente invertimos en reformas. Fuimos de los primeros en pasar la ITE (inspección técnica de edificio) y de colocar cámara de seguridad en la entrada cuando comenzaron los problemas de ocupaciones. Cuando la imprenta de los bajos cerró, reforzamos la estructura de pilares y vigas del edificio. Hace un par de años, renovamos el vestíbulo... Pero la gotera continúa.

Jose y yo vivimos en la última planta del edificio, en los apartamentos que tienen acceso a las azoteas, por lo que la gotera no puede proceder de ningún piso superior, sino de la cubierta. Y no hay manera de sa-

ber qué recorrido hace el agua desde el suelo del terrado hasta su techo.

Descontando las épocas de sequía, es raro el año en que no ha habido que llamar a alguien para reparar la gotera. Han levantado el suelo de su azotea, han cambiado y han trasladado al exterior las tuberías de desagüe, han cortado y tapiado unas antiguas chimeneas que ya no daban servicio, han venido mil veces a revisar mi terrado y

las conexiones entre los diferentes drenajes, han ampliado la cubierta del patio de luces, por si el agua entraba por los laterales. Trabajos verticales, horizontales y en diagonal... Pero la gotera continúa.

No soy capaz de contar las veces que he entrado en el lavabo de Jose y he visto agua brotando por la pared o el techo, y el suelo o la encimera llenos de cubos. Ni las veces que le han roto el pladur del techo para intentar adivinar de dónde procede el agua.

Este sábado, mandé a Jose una fotografía de las marcas de pintura negra sobre el suelo rojo de mi terrado que dejaron los operarios que vinieron la semana pasada. "¿Volverán?" –decía el mensaje–. Porque les ha dado por dejarme el terrado a topos, pero este tipo de arte no me gusta".

Jose, que es una persona que suele estar siempre de buen humor y –como artista que es– tiene una cierta capacidad para olvidar los problemas cotidianos, explotó: "A mí el arte que no me gusta es este", contestó adjuntando una foto de su lavabo, otra vez lleno de cubos. Tenía razón. Ante este tipo de situaciones no cabe la frivolidad ni la ironía. Si no, preguntén a los usuarios de Rodalies. ■

# La Vuelta

Daniel Fernández



**Y**a hemos tenido una primera etapa y parada en Extremadura, la siguiente va a ser en Aragón y más adelante vamos a encadenar elecciones con la notable meta volante de Andalucía, que dará el título de campeón del 2026 o bien a la alianza de las dos derechas o, muy poco probablemente, al Partido Socialista. En resumen, estamos viviendo una Vuelta electoral a la España de las autonomías que, es cierto, ni son todas las que estarán ni estarán todas las que son, pero sí que van a dar una idea bastante aproximada de cómo andan las sensibilidades políticas del reino, porque, aunque nuestro presidente Sánchez se empeñe en afirmar que una cosa son las elecciones autonómicas y otra cosa muy distinta las generales –y tiene razón y razones para ello–, lo cierto es que la cosa pinta bastante negra para los intereses del PSOE.

El metabárón (copyright de Alejandro Jodorowsky e ilustración inicial de Juan Giménez) Núñez Feijóo ha propiciado esta Vuelta como una

## Estamos en plena Vuelta trumpista a España que acumula kilómetros y corredores

forma de derrotar por acumulación a su archienemigo, que en otras circunstancias debería haber sido su aliado constitucional, pero la apuesta también tiene muchas posibilidades de acabar mal para él, pues anda por ahí otro metabárón, el no menor Abascal, protegido de la archiduquesa Meloni y gran valedor del emperador galáctico, el consorte de Melania y reyente del orbe negro.

Estamos en plena Vuelta trumpista a España, con la demágica y esforzada cumbre de la financiación autonómica como rompepiernas capaz de desbaratar la estrategia de casi cualquier equipo, sin olvidar la inestimable ayuda en carretera de redes sociales y tecnológicas varias. Es un momento en el que tan solo las chirigotas gaditanas –estamos en carnaval– pueden dar un contrapunto mágico a todo el poder acumulado por dos equipos que cuentan con los árbitros y las togas a favor.

Una vuelta trumpista a las Españas que, regreso a ello, acumula kilómetros y corredores en una competición amañada, pero que aún puede dar sorpresas, porque la esencia hoy de la Vuelta reside en si hay o no vuelta atrás, a esos tiempos dorados –al gusto de Trump– que los jóvenes cuchillos de la patria añoran de los valores y años de la dictadura franquista. Abascal, el gran rapado, solo tiene que chupar rueda. Y con eso le basta para cruzar la meta en volandas. ■